

ESCENA VIII.

EL CORO Y D. CÉSAR.

D. CÉSAR. (Ya sereno.)—Uso por última vez de mi derecho de soberano para entregar á la tierra este cuerpo tan idolatrado, ya que en ella termina la postrera grandeza mortal. Oid, pues, la expresión de mi voluntad, y cumplida á la letra... Reciente está todavía, para vosotros y para vuestra memoria, la triste solemnidad de llevar al sepulcro á vuestro Príncipe. Los cantos de los muertos casi resuenan en este recinto; un cadáver sigue al otro al sepulcro; una antorcha fúnebre se enciende en la otra, y casi se encuentran en las escaleras subterráneas los dos cortejos funerarios. Disponed, pues, una solemnidad de esta especie en la iglesia del palacio, que guarda los restos de mi padre, sin ruido y á puerta cerrada, y que todo se haga con puntualidad.

EL CORO. (*Bohemundo*).—Pronto se harán estos preparativos, oh señor... porque todavía subsiste el catafalco, monumento de esa triste ceremonia; y nadie ha tocado á esa obra de la muerte.

D. CÉSAR.—No era señal de buen agüero que la entrada del sepulcro quedase abierta en la residencia de los vivos. ¿En qué consiste que ese lúgubre aparato no se haya deshecho, después de haber servido?

EL CORO. (*Bohemundo*).—La desdicha de estos tiempos y la discordia lamentable, que dividía ha poco á Mesina, apartó nuestros ojos de la muerte, y el santuario permaneció desierto y cerrado.

D. CÉSAR.—¡A la obra, pues, sin tardanza! Que esta misma noche quede terminado ese asunto deplorable. Que el sol de mañana encuentre este palacio puro, y alumbre á más alegre linaje. (Vase el segundo coro, llevándose el cadáver de D. Manuel.)

PRIMER CORO. (*Cayetano*).—¡Llamo aquí á los piadosos monjes, que, según los antiguos ritos de la Iglesia, celebrarán el oficio de difuntos, y acompañarán con sus preces sagradas al alma del muerto, para que la paz le sea concedida?

D. CÉSAR.—Esos cánticos religiosos podrán resonar después continuamente en vuestra tumba, á la luz de los cirios; pero hoy no necesitamos de su ministerio sagrado, porque un asesinato sangriento profana las cosas santas.

EL CORO. (*Cayetano*).—No tomes, oh señor, ninguna resolución criminal, que se vuelva contra tí, y sea obra de la rabiosa desesperación. Nadie hay en el mundo que pueda castigarte, y una piadosa expiación acaba por aplacar la ira del cielo.

D. CÉSAR.—Si no hay en la tierra quien pueda legalmente castigarme, debo hacerlo yo mismo. Sé que el cielo acepta la penitencia del pecado; pero la sangre sólo con sangre se paga.

EL CORO. (*Cayetano*).—Te convenía más resistir las olas funestas, que asaltan á este palacio, que acumular sobre él un infortunio sobre otro.

D. CÉSAR.—Muriendo yo termina la maldición de mi linaje. Sólo la muerte voluntaria puede romper la cadena del destino.

EL CORO. (*Cayetano*).—Debes un soberano á esta tierra huérfana, ya que nos arrebataste el otro.

D. CÉSAR.—Mi deuda principal es con los Dioses de la muerte. Otro Dios cuida de los vivos.

EL CORO. (*Cayetano*).—Mientras luce el sol para nosotros,

hay también esperanza. La muerte sola acaba con ellas. Piénsalo bien.

D. CÉSAR.—Tú, por tu parte, reflexiona en silencio, y pon cuidado en tus deberes de servidor. Déjame obeececer al espíritu terrible, que me persigue, porque en mi interior no puede mirar ningún dichoso. Si tú no respetas y veneras en mí al soberano, teme á lo menos al criminal, sobre quien pesa horrenda maldición. Honra al infortunado, digno de lástima hasta para los Dioses. Quien ha sufrido lo que yo, y lo que yo sentido, no tiene que dar cuenta alguna á ningún sér terrestre.

ESCENA IX.

Los MISMOS y D.^a ISABEL.

ISABEL. (Que entra con paso incierto, y mira con expresión dudosa á D. César. Al fin, se acerca á él, y le habla con tranquilidad.)—Mis ojos no debían verte más, y así lo había resuelto en mi dolor. Pero el viento se lleva las resoluciones que una madre, contra su naturaleza, y dominada por la ira, toma desoyendo la voz de su corazón.... ¡Hijo mio! Una nueva infausta me ha arrancado de la solitaria mansión de mi quebranto... ¿Debo creerlo? ¿Es verdad que he de perder mis dos hijos en un solo día?

EL CORO. (*Cayetano*.)—Ya lo ves firmemente decidido á atravesar con paso rápido los umbrales de la muerte. Prueba ahora la fuerza de la sangre, el poder de las súplicas de una madre afligida. Mis palabras han sido hasta ahora inútiles.

ISABEL.—Yo revoco las maldiciones, que, en mi ciega

insensata desesperación, he pronunciado contra tu cabeza querida. Es imposible que una madre maldiga al hijo de sus entrañas, al que da á luz con dolor. El cielo no ensalza esos votos impíos, porque caen anegados en lágrimas desde la eterna y brillante bóveda... ¡Vive, hijo mio! Prefiero ver al asesino de uno de mis hijos, á llorar á los dos.

D. CÉSAR.—No reflexionas bien, madre, en lo que deseas para tí, y para mí... Mi lugar no puede estar ya entre los vivos... Si; aunque tú, oh madre, pudieras soportar la presencia del asesino, odiado por los Dioses, yo no sufriría las mudas reconvenções de tu pena perpetua.

ISABEL.—Ninguna reconvenção te atormentará; ninguna acusación, tácita ni expresa, te ofenderá. Mi pena se trocará en dulce melancolía; lloraremos juntos esa desdicha; ambos la deploraremos, y prescindiremos del crimen.

D. CÉSAR. (Tomándole la mano y con acento cariñoso.)—¡Tú lo harás, madre! Así será. Tu desolación se convertirá en pacífica tristeza... Pero, madre, cuando un mismo entierro sirva para el asesino y para el muerto; cuando un mismo sepulcro encierre sus restos, entonces quedará desarmada esa maldición... Entonces no separarás á tus dos hijos; y las lágrimas, que viertan tus bellos ojos, correrán por uno y por otro, porque la muerte es interesora harto poderosa. Extinguense así los relámpagos de la ira, el odio desaparece, y la grata piedad, bajo la imagen de una hermana llorosa, abrazará estrechamente nuestra urna cineraria. No me apartes, pues, oh madre, de mi propósito; déjame morir y aplacar al destino.

ISABEL.—Rico es el Cristianismo en imágenes de misericordia, á cuyos pies encuentra la paz el corazón más torturado por los remordimientos. En el Loreto, más de un culpable se ha visto libre del fardo pesado de sus culpas. Un poder bendito y sobrenatural domina en la Santa Tumba, que absuelve á todos los pecadores. Mucho logran

también los ruegos de los demás fieles, y tienen gran peso á los ojos de Dios; y en el paraje, en que se ha cometido un asesinato, puede levantarse también un templo expiatorio.

D. CÉSAR.—Es posible retirar la flecha del corazón, pero no por eso sana la herida hecha. Sométase quien quiera á la penitencia, á la lenta muerte, que trae consigo la expiación de una saeta mortal... Yo, madre, no puedo existir con el corazón lacerado. Quiero mirar alegre á los alegres, y lanzarme libre en los espacios etéreos... La envidia emponzoñaba mi vida, mientras compartimos ambos tu amor. ¿Crees, acaso, que yo toleraría la ventaja, que le daría tu dolor sobre mí? La muerte tiene el poder de purificar. En sus palacios eternos, lo mortal tiene el resplandor del diamante, si expresa la virtud verdadera, y se borran las manchas de la flaca humanidad. Tan altas como están las estrellas sobre la tierra, otro tanto lo estaría él más que yo. Y si una envidia inveterada nos ha separado en vida, cuando éramos iguales y hermanos, ¿no roería sin descanso mi corazón, si él ha adquirido la ventaja de la eternidad, que yo no tengo, y si, libre ya de todo obstáculo, ha de perseverar como un Dios en la memoria de los hombres?

ISABEL.—¿Os he llamado, pues, á Mesina sólo para sepultaros juntos? Os convoqué aquí para reconciliaros, y un destino funesto vuelve contra mí todas mis esperanzas.

D. CÉSAR.—No te quejes del resultado, madre. Se cumple cuanto se había pronosticado. Atravesamos estas puertas con esperanzas de paz, y descansaremos juntos tranquilamente, reconciliados para siempre en la mansión de la muerte.

ISABEL.—¡Vive, hijo mío! No abandones a tu madre, sin amigos, en tierra extranjera, expuesta á groseras burlas, no protegiéndola sus hijos.

D. CÉSAR.—Si el mundo entero, frío y sin sentimientos, te menosprecia, refúgiate en nuestro sepulcro, é invoca á la divinidad de tus hijos, porque seremos seres divinos, y te oiremos, y, como los gemelos celestes, astros que amparan á los navegantes, nos acercaremos á ti para consolarte y fortalecerte.

ISABEL.—¡Vive, hijo mío! ¡Por amor á tu madre, vive! ¡Perderlo todo me es insufrible! (Abrázalo con emoción; él se arranca de ellos con dulzura, y le presenta la mano volviendo el rostro.)

D. CÉSAR.—¡Adiós!

ISABEL.—¡Ay de mí! Ahora averiguo con sentimiento que nada puede contigo tu madre. ¿Habrá alguna otra voz más imperiosa para ti que la de tu madre? (Dirijese hacia el fondo del teatro.) Ven, hija mía; ya que su hermano muerto lo atrae con tanta fuerza hacia la tumba, quizás su hermana querida lo devuelva á la luz del sol con el encanto de las más gratas esperanzas de la vida.

ESCENA ÚLTIMA.

BEATRIZ aparece á la entrada de la escena. D.^a ISABEL,
D. CÉSAR y el coro.

D. CÉSAR. (Que, al verla, se oculta con prontitud el rostro.)—
¡Oh madre, madre mía! ¿Qué piensas?

ISABEL. (Trayendo á su hija.)—Tu madre le ha suplicado en vano. Ruégale tú, conjúralo que viva.

D. CÉSAR.—¡Oh madre astuta! ¿Así quieres probarme? ¿Intentas acaso exponerme á nueva lucha? ¿Te propones aumentar para mí el valor de la luz del sol en mi camino

¿la noche eterna?... El ángel seductor de la vida, con todo su poder, está delante de mí, y ante mí derrama mil dorados frutos, llenos de vida, de su rico cuerno de la abundancia. Mi corazón siente placer en los rayos ardientes del sol, y la esperanza con el amor á la existencia se despierta de nuevo en mí.

ISABEL. — Suplicate, porque si no te escucha, á nadie atiende; que no nos prive á ambas de nuestro único apoyo.

BEATRIZ. — Una víctima pide el muerto amado. Ha de tenerla, oh madre... Pero deja que yo lo sea. Antes de nacer estaba ya consagrada á la muerte. Me reclama la maldición, que persigue á esta casa, y esta vida mía es un hurto hecho al cielo. Yo soy quien le ha dado muerte; yo he despertado las furias, ya dormidas, de vuestras querellas... A mí me corresponde, oh madre, aplacar sus manes.

EL CORO. (*Cayetano.*) — ¡Oh madre desdichada! Todos tus hijos corren á porfía hacia la muerte, y te dejan sola, sin alegría y sin vínculo alguno de afecto.

BEATRIZ. — ¡Tú, hermano mío, conserva tu cabeza querida!... ¡Vive por tu madre! Necesita á su hijo; hoy ha encontrado una hija, y con facilidad se priva cualquiera de lo que nunca ha poseído.

D. CÉSAR. (Con el más profundo dolor.) — Nosotros, madre, podemos vivir ó morir; pero ella sólo ansía morir con su amado.

BEATRIZ. — ¿Tienes envidia á los restos inanimados de tu hermano?

D. CÉSAR. — Vive vida feliz en tu dolor, y yo quedaré muerto para siempre entre los muertos.

BEATRIZ. — ¡Oh hermano!

D. CÉSAR. (Con la expresión del más vivo afecto.) — ¡Lloras por mí, hermana?

BEATRIZ. — ¡Vive por nuestra madre!

D. CÉSAR. (*Que suelta su mano, y retrocede.*) — ¡Por mi madre?

BEATRIZ. (*Inclinándose sobre él.*) — ¡Vive por ella, y consuela á tu hermana!

EL CORO. (*Bohemundo.*) — ¡Ha triunfado! No puede resistir á las súplicas conmovedoras de su hermana. ¡Madre inconsolable! ¡Abriga alguna esperanza! Prefiere vivir. Un hijo te queda. (En este momento se oye un canto fúnebre; ábrense las puertas, y se ve en la iglesia el catafalco, y el féretro rodeado de candelabros.)

D. CÉSAR. (*Volviéndose hacia el féretro.*) — ¡No, hermano; no quiero arrebatarle tu víctima!... tu voz, desde el féretro, es para mí más persuasiva que las lágrimas de una madre, y que las súplicas del amor... Yo tengo en mis brazos lo que podría convertir la vida terrestre en divina... pero yo, el asesino, ¿he de ser feliz, y tú, inocente y puro, yaces en oscura tumba, sin venganza?... El justo árbitro de nuestra vida no ha de consentir tal desigualdad en este mundo suyo... He visto las lágrimas, que corrían también por mí; estoy satisfecho, y te sigo. (Se hiere con un puñal, y cae moribundo á los pies de su hermana, que se arroja en brazos de su madre.)

EL CORO. (*Cayetano.*) (Después de un profundo silencio.) — Grande es mi terror. No sé si he de alabar ó deplorar su suerte. Pero lo que siento y veo con claridad, es que la vida no es el mayor de los bienes, y que el crimen es el mayor de los males.